

# Tres poemas



JOSÉ EMILIO PACHECO

## Periquitos de Australia

Las flores en sus tallos.  
Libres los pájaros.

Desde muy niño he aborrecido las jaulas.  
Me dan tristeza los arreglos florales.

Pero una vez no pude rechazar el obsequio:  
Periquitos de Australia,  
“periquitos de amor” como los llaman en México.

Loros en miniatura, me interrogaron adustos.  
Despreciaron mi afán de congraciarme con ellos:  
Trapezio, alpiste, agua, material para el nido,  
hueso para afilar garras y picos.

No debí hacerlo nunca.

Cierta noche,  
mientras dormía hubo un pleito  
conyugal en la jaula de los loritos.

Al despertar hallé el cadáver sangrante,  
despedazado hasta lo inverosímil  
con un sadismo humano.  
(Valga el pleonasma:  
los animales —dicen—  
nunca son crueles:  
sólo matan por hambre y de un solo golpe.)

Después de lo que vi no estoy seguro.

El asesino o la asesina, la hembra o el macho,  
comía inmutable alpiste junto a su víctima.

Se burlaba de mí con su ojo irónico.

La sentencia instantánea: condena a muerte,  
sin mancharme las manos.

Abrí la jaula  
y voló hacia la selva de los gorriones.

Segundo error ignorante:  
en vez de quemarla  
o arrojarla por el desagüe,  
sepulté la carne ultrajada en una maceta.

A las pocas horas  
ejércitos de moscas atronaban la tierra.

Moscas azules.

Me parecieron bandas de pericos de Australia.

### El fornicador

En plena sala, ante la familia reunida  
—padres, abuelos, tíos y otros parientes—  
abro el periódico  
para mirar la cartelera.

Me llama la atención una película  
de Gary Cooper en el cine Palacio  
o en el Palacio Chino, ya no recuerdo.

Lo que no olvido es el título.

Pregunto con la voz del niño de entonces:  
—¿Qué es *El fornicador*?

Silencio y rubores.  
Dura mirada de mi padre.

Me interrogo en silencio:  
—¿Qué habré dicho?

La tía Socorro me salva:  
—Hay unas cajas de vidrio  
en que puedes meter hormigas  
para observar sus túneles y sus nidos.  
Se llaman *formicarios*.

*Formicador*  
es el hombre que observa las hormigas.

### Las edades

Llega un triste momento de la edad  
en que somos más viejos que nuestros padres.  
Y entonces se descubre en un arcón olvidado  
la foto de la abuela a los catorce años.

¿En dónde queda el tiempo, en dónde estamos?  
Porque esa niña, muerta en otras eras,  
que habita en el recuerdo como una anciana,  
es en la foto nieta de su nieto,  
la vida no vivida, la promesa total  
la juventud que siempre se renueva en los otros.

La historia no ha pasado por ese instante  
que preserva la foto.  
Aún no existen las guerras ni las catástrofes  
y la palabra *muerte* es impensable

Nada se vive antes ni después.  
Existir se conjuga sólo en tiempo presente.  
En él yo soy el viejo  
y mi abuela es la niña.